

## CAIRASCO Y EL DIOS CONVERSABLE

### CONVERSACION

El círculo literario de Bartolomé Cairasco de Figueroa en el último cuarto del siglo XVI ha sido considerado por Alejandro Cioranescu como “entre los más ilustres de cuantos había por aquel entonces en España” (1). Las reuniones de la huerta de la calle de San Francisco, fueron, sin embargo, algo más que reuniones literarias, para convertirse en una “academia de jardín” en cuyo aire renacentista sonaría con frecuencia la guitarra “que suspendía a los oyentes” (al decir de Viera) del propio Cairasco. Al conciliábulo asistían amigos y familiares; el “divino Ergasto” celebra allí el “tesoro de una amistad perfecta bien nacida” en reuniones que, aunque oficialmente consagradas a Apolo Delfico, no podrían (no querían) evitar del todo el “tratar de amor, y amor tan frívolo”.

El conventículo-tabernáculo-conciliábulo, según la inquebrantable pasión esdrújula del poeta, acogiera sin duda un espíritu libre de canónicas trabas, un espíritu abierto a una alegría típicamente renacentista. Muchas de las “Definiciones morales y cristianas” del poeta hacen ciertamente pensar en la sugerencia de Cioranescu de un Cairasco de la idealidad y otro de la realidad; ámbitos, obviamente, de difícil frontera; lo que, en cambio, no oculta las sugestivas “traslaciones” —y aun identificaciones— de zonas de realidad y de idealidad con la más pura de las connotaciones poéticas.

El poema que hoy reproducimos (una de aquellas “Definiciones”) pertenece a ese universo. Lo íntimo de la conversación y la inmensidad de Dios aparecen aquí súbitamente aliados en el memorable verso final. La conversación que celebran hombre y Dios parece aquí un fascinante desprendimiento de la academia del jardín, entre música y verbo. Dios como ese otro interlocutor sentado entre “dos o tres que se juntan en nombre de la conversación”, esa demorada conversación del huerto de la calle de San Francisco.

A.S.R.

(1). “Cairasco de Figueroa. Su vida, su familia, sus amigos”. *Anuario de Estudios Atlánticos*, n.º 3, (1957). pág. 346.

*Es la conversación en esta vida  
Dulce entretenimiento  
Para templar las pesadumbres della;  
Es una gustosísima comida,  
Que al alma da sustento  
Si la conversación y el alma es bella;  
Es celestial centella  
Que en los dispuestos corazones prende,  
Y tanto los enciende,  
Que llega el resplandor al cielo sumo,  
Y el fuego se descubre por el humo.  
Si dos o tres se juntan en su nombre,  
En medio dellos puesto  
Dicen que asiste el Salvador del mundo;  
Notad el felicísimo renombre  
Del conversar honesto,  
Y del amor de Cristo el mar profundo;  
¡Oh corazón inmundo!  
¡Cuán caro que te cuesta un vil pecado,  
Pues pierdes de tu grado  
Tesoros tan insólitos y tantos  
De conversar con Dios y con sus santos!  
¿Qué regocijo, qué tesoro o fiesta,  
Qué próspera fortuna  
Tendrá valor si no es comunicada?  
Pues la conversación que excede a esta  
Como el sol a la luna,  
De quién como es razón será cantada?  
¡Oh soledad sagrada,  
Conversación de santos y discretos!  
Son tales tus efectos,  
Que no hay conversación acá en la tierra  
Que iguale en punto a la que en ti se encierra.  
La flor, la fuente, el pájaro, la planta,  
El regalado viento,  
La quietud, el silencio y cada cosa  
Parece que el espíritu levanta,  
Y con suave aliento  
Hace conversación dulce, amorosa;  
El alma deseosa  
De alta contemplación allí la halla;  
Ninguna cosa calla,  
Que todo la convida, anima, exhorta  
A contemplar el bien que más importa.  
Comunicase a todas las criaturas  
El gran Dios por esencia  
Sin que a ninguna falte ni se ausente,  
Y allá se comunica en las alturas  
Por gloria y por presencia  
A los que gozan dél eternamente,  
Y por gracia a la gente  
Que sabe acá servirle, otra más alta  
Comunicación falta,  
Que es la unión hipostática, admirable;  
Ved si el inmenso Dios es conversable.*

BARTOLOME CAIRASCO DE FIGUEROA